



30 de Marzo de 2015, Misa Crismal,
S. I. Concatedral de S. Nicolás, Alicante

Queridos hermanos:

Hemos acudido gozosamente a esta asamblea esperada y singular en nuestro calendario diocesano. Aquí **estamos**, junto a los diáconos, los religiosos, los seminaristas y demás fieles cristianos laicos, muchos miembros de nuestro presbiterio, entre los que especialmente deseo sentir presentes a nuestros hermanos mayores impedidos y a los enfermos, así como a los miembros del presbiterio diocesano que sirven a la Iglesia en misiones o en tareas eclesiales que los tienen alejados de nuestra tierra. Igualmente están en nuestra memoria agradecida y nuestra oración de hoy, en esta Misa Crismal, los hermanos sacerdotes que nos acompañaron el año pasado en las celebraciones de la Semana Santa y Pascua y que en este tiempo han sido llamados a estar junto al Señor.

Es verdaderamente un gran encuentro el que hoy vivimos como Diócesis, **como comunidad diocesana**, a punto de celebrar la conmemoración viva de la Cena del Señor, y reunidos como una familia en torno a la mesa para celebrar la Eucaristía que el Señor instituyó y bendecir los santos óleos para los sacramentos.

Si nos fijamos en **la Palabra de Dios que ha sido proclamada**, vemos que el Espíritu Santo llena la primera lectura. Y en el Evangelio, en la Sinagoga de Nazaret, Jesús, ungido sacerdote por el Espíritu, anuncia el cumplimiento desbordante de la profecía de Isaías (Is, 1-3^a. 6^a. 8b-9). **En esta jornada**, eminentemente sacerdotal, **emerge con fuerza el Espíritu** que desata las lenguas y hace hablar, **que da vida abundante por medio de los sacramentos** de la Iglesia, y que nos lleva a estar cerca de toda marginación y del dolor que nos interpela desde la sufriente humanidad.

Como sacerdotes **nacimos**, un día, **del Espíritu**. Fue invocado sobre nosotros por toda la comunidad y tuvimos la certeza de su presencia al sentir sobre nuestras cabezas las manos del obispo y de los presbíteros. Somos deudores del Espíritu. Él hace fecundo, día a día, nuestro ministerio, y, como en un prolongado camino de Emaús, nos enciende el corazón para entender y predicar las Escrituras y nos hace presente a Jesús en el camino de nuestra entrega al Pueblo de Dios y especialmente en cada Eucaristía, «fuente y cima de toda la vida cristiana» (LG 11).

Es **el mismo Espíritu Santo que llenará con su fuerza las ánforas** de los santos óleos que van a ser bendecidos. Por vuestras manos llegarán a las comunidades y a las personas: ungirán y marcarán, de forma indeleble, a nuevos cristianos que nacerán como tales a lo largo del año. Serán fuente de salud del alma y del cuerpo de los enfermos y mayores, infundirán vigor y fe a los adolescentes, jóvenes y adultos que se confirmarán. El Espíritu con el santo crisma hará acogedoras y llenará de gracias las manos de los nuevos sacerdotes. Valga todo esto para recordar, también, que es el Espíritu Santo quien va haciendo la obra de amor y salvación en cada persona y en cada comunidad, y quien, por la fe y los sacramentos, edifica, día a día, nuestra Diócesis, una Diócesis que le pide su luz especialmente en este Año de discernimiento para nuestra pastoral.

Por otra parte, también en su Palabra proclamada hoy, el Señor **nos da una doble señal** como **garantía** inequívoca de **que poseemos su Espíritu**. **La primera es “hablar”**, es decir anunciar, ser portadores del gozo del Evangelio, como nos recuerda y pide reiteradamente el Papa Francisco, a un mundo desvalido, que pierde la fe y que le falta el aire que le haga respirable la atmósfera de una vida cerrada sobre sí misma. Hablar del Señor, con alegría, debemos también a la comunidad creyente, especialmente en el ámbito de nuestras celebraciones por medio de homilías cercanas, vivas, sentidas y traspasadas de fe. Homilías que broten del corazón del Evangelio, y se dirijan al corazón y a la mente de las personas reales. **La segunda señal**, garantía de que el Espíritu Santo está en nosotros, **es el servicio**. Isaías habla de los pobres y de los que padecen, de los que tienen el corazón herido, de los privados de libertad, de los que están en las prisiones o de los que caminan bajo el peso de tantos modos de esclavitud (Cf. Is 61,1). El verdadero pastor conoce las necesidades reales del ser humano y las sirve. Eso obra también el Espíritu en nosotros: nos sitúa en la realidad, en la vida.

El **Señor pronunció en Nazaret la homilía** más corta que se conoce, diciendo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21) El sacerdote hace su mejor homilía con la vida y a la vida debe remitir su enseñanza. La vida es el ambón más elocuente. En esta misma dirección, el recientemente publicado “Directorio Homilético” de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que os recomiendo conocer atentamente, destaca que este texto de San Lucas expresa la “naturaleza específica de la homilía» (n. 4) señalando en el mismo número el carácter de “acontecimiento” real en la vida de la Palabra de Dios proclamada y el valor de la Palabra en la Liturgia como «ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde», nos dice el Directorio recordando la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* del Santo Padre Emérito Benedicto XVI (VD 52).

Aquí, en nuestra Diócesis que tiene por patrón a un insigne predicador, **S. Vicente Ferrer**, estamos viviendo especialmente este año el recuerdo del siervo de Dios **D. Diego Hernández**, que sigue siendo recordado por muchos sacerdotes como un hombre dedicado al ministerio de la palabra y al sacramento de la penitencia junto al acompañamiento espiritual por lo que fue maestro en la formación de cristianos entregados al Señor y al apostolado, fomentando, especialmente, la santidad en sacerdotes y seminaristas. Modelo de sacerdote: enamorado de Jesucristo, que vivía con pasión su unión con la Iglesia y que ponía en el centro del ministerio la caridad pastoral.

Os digo, **recordando a D. Diego** y a tantos modelos de santidad de nuestra Iglesia, como **S. Pascual Bailón** de quien conmemoramos los 450 años de su profesión religiosa en Orito, que vale la pena seguir dando y gastando la vida por Jesús, el Señor, y por su amor salvador hacia nuestro pueblo; sigamos anunciando, por el Espíritu, la Buena Noticia, el Evangelio, y sigamos edificando, con la fe y los sacramentos, una Iglesia servidora, que cure heridas, que se cuide de una humanidad que se queda pobre de luces y de esperanzas.

Por amor al Señor y al mundo que nos corresponde servir, en esta celebración **tiene gran sentido renovar nuestro compromiso** sacerdotal y volver a percibir vosotros que el mismo Señor, que os consagró sacerdotes suyos, os envía de nuevo por medio del Obispo a cada comunidad, a hacer Iglesia con todos, a sostener la esperanza de los hermanos, a salir al camino de los que no vienen. Encontrad tiempo para el silencio, para escuchar la Palabra de Dios, para estar junto al sagrario y para el Oficio de Alabanza. Como nos recuerda Santa Teresa en su Año, teniéndolo a Él lo tendréis todo: «sólo Él basta». Siendo de Él, seréis de todos.

El libro del Apocalipsis – en la segunda lectura (Ap 1, 5-8)- escribe **dos palabras** sin réplica: “**Sí, Amén**”. Cristo es el “Sí” de Dios. Cristo es el “Amén” de Dios. **Esta ha de ser nuestra palabra y nuestra actitud** en la renovación de las promesas sacerdotales, decir “sí” a Dios, a su voluntad, a su llamada en el lugar, con las gentes y en la tarea concreta que se nos ha confiado. No le demos a Dios tan sólo palabras. Que su gracia haga realidad aquello que decimos; promueva nuestra entrega y compromiso, y nos configure en estos tiempos, con un necesario realismo esperanzado, con actitudes que lleven a implicarse en la renovación pastoral y misionera de nuestras comunidades, una renovación que debe llegar a las familias y a los jóvenes y que debe despertar vocaciones llenas de ilusión y esperanza en el futuro.

Hermanos: **no nos cansemos** de agradecer todo lo que significa esta celebración. **Demos gracias** a Dios por haber sido llamados por Él y enviados a ser sus apóstoles, por vivir estos momentos y estar aquí juntos y con Él. Demos gracias por nuestros dos obispos eméritos, D. Rafael y D. Victorio, sus personas y su presencia son un gran don del Señor para nuestra Iglesia, como lo sois nuestros hermanos sacerdotes que celebráis 25, 50 y 60 años de ministerio, sois para nosotros una luz por vuestras vidas que se siguen gastando a favor de nuestra querida Diócesis de Orihuela-Alicante, seguid dando y recibiendo la respuesta inagotable de la bondad de Dios, de su Misericordia.

Que María, Madre de Dios y madre nuestra, a quien, especialmente estos días de Semana Santa, veremos fiel junto a la cruz y traspasada de gozo por la Resurrección del Señor, que ella, estrella de la Nueva Evangelización, **interceda** para que el Espíritu Santo siga uniendo y guiando a nuestra Iglesia por el bien de esta querida tierra y de nuestro querido pueblo. Así sea.

A handwritten signature in blue ink, appearing to be 'J. Murgui Soriano', written over a faint, dotted grid background.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante